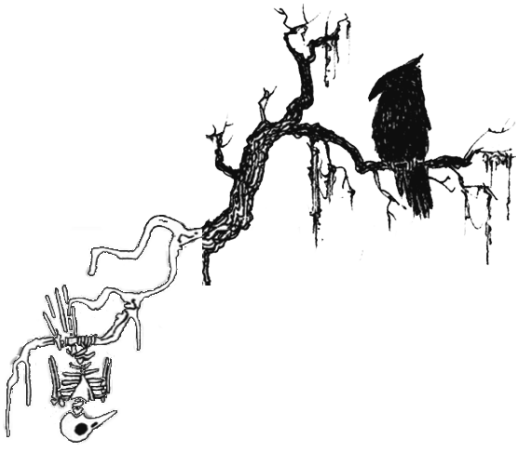

Este libro está dedicado a Odín, inspiración de los poetas,
dios de la sabiduría, la magia y el sacrificio.

Martha – 24 de enero

Todo empezó el día en que me caí del árbol afuera de la cabaña de Mormor, en Noruega. El día en que me quedé ciega de un ojo.

Voy a escribirlo todo aquí, sin importar que me haga parecer como una loca. Si algún día tengo una hija, merece saber la verdad…

La verdad. ¿Por qué no me la contó mamá? Esa idea se anida como un nudo en mi cabeza y cada vez que intento desatarlo, se aprieta con más fuerza. Si lo hubiera sabido, podría haber actuado y nadie estaría muerto. Si me lo hubiera contado, quizá el horror de estos últimos días nunca hubiera sucedido.

La mancha de un alma

Mi estómago se encoge y se siente como una bola dura cuando el metro llega a la estación Heathrow. Hay gente por todas partes, me pongo la mochila al frente y la sostengo, aprieto mis dientes y avanzo entre la multitud. Cuando la gente me roza a su paso, me llegan destellos de sus vidas, sus emociones y recuerdos, pero como todo pasa tan rápido, no puedo encontrarle sentido.

Me sudan las manos al sacar el celular de mi bolsillo. Reviso la hora y deseo no haberlo hecho; el último registro es en quince minutos. No puedo perder este vuelo.

Un tren llega a la plataforma opuesta y decenas de pasajeros se esparcen al salir de él. Me preocupa que sus ropas me toquen, así que giro rápidamente a la izquierda, hacia las escaleras eléctricas. Un hombre pasa junto a mí en contraflujo y, por un terrible momento, pienso que es papá, pero no es sino otro hombre gris de negocios.

En la zona de salidas, la gente a mi alrededor camina deprisa, arrastra maletas y niños de mala gana. El ruido es como un enjambre de abejas y todas quieren picarme. No se trata solo del alboroto de voces, el aire cruje, pareciera que la ropa se percatara de que estoy aquí, caminando entre ella.

Una bebé con la cara mojada se tambalea en mi dirección, con sus manos estiradas; detrás de ella va una mujer que se ve cansada. Intento

esquivarlas, pero no soy tan rápida y la madre alcanza a rozarme el brazo. La mujer sufrió cinco abortos antes de dar a luz a su hija, ahora está embarazada de nuevo, pero no puede dormir por las noches, aterrada por la idea de perder al nuevo bebé. Siento en mi pecho un dolor vacío, su pérdida es tan fuerte que tengo que recuperar el aliento. Me alejo mientras echo un vistazo a su abrigo rojo. He pasado suficiente tiempo en el clóset de mamá estos últimos meses para saber que el abrigo debe ser al menos 50 por ciento cachemir. La lana retiene las emociones de una persona, pero el cachemir es distinto: te hace sentirlas.

Puedo ver el conocido letrero de *Scandinavian Airlines*, me dirijo hacia el mostrador de registro, pero me tropiezo con una maleta y casi salgo volando.

—¡Oye, fíjate! —grita un hombre.

—Lo siento, no vi, perdón —balbuceo.

—¡Pues quítate esos lentes de sol!

Llego a la fila con el rostro ardiendo de vergüenza. Ser ciega de un ojo altera tu percepción de la profundidad.

No puedo calcular distancias. Si me concentro en algo que está en primer plano, todo lo que está en el fondo se vuelve borroso. En casa esto no representa ningún problema porque sé en dónde está cada cosa, pero ahora… Si no puedo cruzar el aeropuerto sin tropezarme, ¿cómo le haré para llegar a Noruega?

Tomo el dije de plata que cuelga de mi cuello y me digo a mí misma que debo calmarme. Hice este viaje muchas veces con mamá y podía moverme sola sin ningún problema por Londres antes del accidente. Solo es cuestión de que me concentre.

Frente a mí, dos familias esperan para pasar; si se apuran, quizá logre llegar a mi vuelo. Hurgo entre mi mochila y saco mi pase de abordar impreso y mi boleto del ferri a Skjebne. Se pronuncia sheb-na, con la sh marcada, un nombre que le va bastante bien. Solíamos pasar todo el verano ahí (incluido papá, antes de que nos dejara), pero desde el accidente mamá se niega a mencionar la isla o a Mormor, mi abuela.

—Siguiente, por favor.

Avanzo y doy mi pasaporte y mi pase de abordar.

—¿A dónde viaja hoy, señorita?

—A Bodø. Bueno, en realidad a Skjebne, pero cambio de vuelo en Oslo y luego tomo el ferri en Bodø. Martha Hopkins, así me llamo, sí —siento el rubor en la cara, debo sonar como una tonta.

Cuando pongo mi mochila en la báscula, la mujer detrás del mostrador se inclina y murmura algo a su colega, luego regresa conmigo. Bajo la mirada, convencida de que, tan solo con verme, sabe que me he escapado de casa.

—¿Puede quitarse los lentes, por favor?

—¿Por qué? ¿Hay algún problema? —mi voz tiembla tanto como mis piernas.

—Necesito verificar que sea la persona de la foto en el pasaporte —dice mientras echa una mirada atrás de mí—, ¿viaja sola? ¿Sin padres o algún tutor?

—Así es, pero tengo 17 años y en su página dice…

—La foto del pasaporte muestra a una niña mucho menor.

Me muerdo la uña del pulgar mientras me muestra el pasaporte abierto en la página con mi foto, como si no supiera cómo me veo. Le echo un vistazo a la imagen de una niña de piel pálida con pelo largo y rubio, pero enseguida aparto la mirada. Odio ver fotos mías de antes.

—Siempre he sido pequeña para mi edad —digo y enseguida me siento tonta.

La mujer analiza la foto y yo me aferro a mi collar. La mayoría de la joyería que he hecho después del accidente es basura, pero este dije me salió perfecto. Sentir su borde frío me tranquiliza siempre. Me encanta el metal porque no me dice nada.

—Mire, se me hace tarde, si pudiera tan solo… —digo luego de respirar profundo.

—Quítese los lentes, señorita.

Una persona detrás chasquea la lengua. Me quito de un tirón las gafas y miro a la mujer, o al menos mi ojo derecho lo hace, no sé a dónde apunte el izquierdo. Sus ojos se abren enormemente y enseguida desvía la mirada al pasaporte.

—Gracias, la última llamada para su vuelo fue hace cinco minutos, tendrá que apurarse, puerta 33, suba por las escaleras eléctricas y diríjase hacia la izquierda.

Me pongo de nuevo los lentes con la mano temblando y me doy la vuelta rápido, aunque alcanzo a ver su sonrisa de lástima. No tengo que tocar su ropa para saber lo que piensa, pues todo se puede leer en su rostro: pobre chica, qué horrible, sería bonita si no fuera por eso. Y después sigue con su trabajo, tras una mirada condescendiente, ansiosa por dirigir su vista hacia alguien que no se vea como un fenómeno.

Tras subir por las escaleras eléctricas, paso por seguridad y debo quitarme de nuevo los lentes oscuros y el collar. Por fortuna, la gente está tan ocupada registrando sus bolsillos para verificar que no haya monedas que nadie mira mi cara. Tras atravesar por el detector de metal, tomo mis cosas de la bandeja de plástico, me vuelvo a poner las gafas y me apresuro para llegar a mi puerta.

Una sobrecargo con una cofia azul elegante mira mi pase de abordar y agita su cabeza.

—En serio necesito subirme a este vuelo, por favor —digo con el corazón agitado.

—¿Puedes correr? —me contesta cuando se da cuenta de que llevo tenis. Sonrío y me guía por el puente de embarque, nos apuramos hasta llegar al avión. Ahí, me pongo de nuevo el collar, agradecida de sentir ese silencioso frío contra mi piel.

Todo mundo está sentado, listo para el despegue. Camino por el pasillo para encontrar mi asiento. Cuando era pequeña, abordar el avión era la parte más emocionante de viajar.

Ahora, tan solo el pensamiento de estar en una caja repleta de extraños me da náuseas. Miro a la gente que está a mi alrededor; veo un abrigo blanco de piel que está lleno de furia, un suéter tejido, grueso y cargado de tristeza. No puedo saber los secretos que guardan con tan solo mirarlos, pero a veces es difícil evitar que mi imaginación haga ese trabajo.

Llego hasta mi fila y se me desploma el corazón. Hay un hombre enorme sentado en el asiento del pasillo y el mío es el de la ventana. Brian, según dice el nombre en la camiseta de rugby estirada, lleva audífonos y sus ojos están cerrados.

—Disculpe, necesito pasar.

No hay respuesta. Un sobrecargo se dirige hacia mí, asegurando las bandejas plegables y abriendo las persianas con la determinación de un asesino a sueldo. Vuelvo a hablar con la voz más fuerte, pero Brian no escucha. Lo normal sería que toque su hombro, pero no quiero que su camiseta de rugby me hable. Quizá deba intentar con su mano, pero termino por liberar la bandeja plegable que choca con sus rodillas. Se despierta de un brinco y refunfuña, luego me da el paso. Doy las gracias y sonrío, guardo mi chamarra e intento hacerme lo más pequeña posible. Por suerte, mi ropa no me dice nada. Supongo que es como no poder oler tu propio aroma.

Mi celular emite un sonido, es un mensaje de mamá preguntando si ya llegué a casa de papá. Contesto enseguida y pongo el celular en modo avión. Mis padres, rara vez se hablan desde que se divorciaron. Así que, mientras responda, no hay razón para que ella le llame a papá.

El avión acelera y la inercia me empuja hacia el asiento mientras el suelo ruge debajo de mí.

De repente, mi codo y el de Brian chocan: me invade una avalancha de sucesos. Llegan tan rápido y con tanta fuerza que es difícil seguirles el paso: su madre lo encerraba en un cuarto cuando era niño; hay noches en que aún sueña que está atrapado ahí, llorando por su mamá. Recupero el aliento. Ira, miedo, rechazo, todo me llega en oleadas.

Me retraigo, luego me froto la cabeza e intento ordenar las impresiones revueltas que tengo en el cerebro. La camiseta debe estar hecha de poliéster. Las fibras artificiales no respiran, te lanzan las cosas como un bebé llorando, demasiado alterado para respirar incluso.

El mundo se aleja debajo de mí y se revuelve mi estómago. Cierro mis ojos hasta que el avión se nivela. Cuando miro por la ventana no hay nada, excepto un azul pálido y vacío. La luz que refleja el ala del avión es de un blanco enceguecedor, casi demasiado puro.

Cierro mis ojos y, de inmediato, estoy de vuelta en el hospital, cuando desperté en la oscuridad. El simple recuerdo de la sensación de las vendas en mi cara me estremece. Quizá haya sido la conmoción, pero tras recobrar la conciencia, no podía dejar de temblar. Mamá me envolvió con su chamarra y entonces… ni siquiera puedo explicarlo ahora. Algo se desgarró en mi interior, como si una ráfaga de viento hubiera abierto una puerta de golpe. Me vi a mí misma debajo del árbol, con mi pelo rubio cubierto de sangre y luego sentí la avalancha de emociones: miedo combinado con culpa y amor, sentimientos que supe que no eran míos.

Al principio, me convencí de que lo había imaginado, hasta que volvió a suceder. Tras la operación, no estaban seguros del grado de visión que habían salvado.

Cuando el doctor me quitó el vendaje de los ojos, la manga de su bata rozó mi mejilla. Tan pronto como entré en contacto con la tela, vi la imagen de un hombre con barba en el reflejo de la ventana de una carroza fúnebre, de rostro pálido y demacrado. El padre del hombre había muerto y le había heredado todo a su nueva esposa. Mi corazón

se llenó de envidia, era como si pudiera saborear la amargura que sentía. El doctor quitó la última venda y parpadeé sin poder creerlo: el hombre que había visto era él.

No pude dormir esa noche porque tenía miedo de que me estuviera volviendo loca. Me decía a mí misma que eran alucinaciones, aunque en lo profundo de mi ser sabía que era una realidad. El psiquiatra del hospital fue a verme, preocupado por mi manera de lidiar con mi cara desfigurada, pero no le conté nada. Si se hubiera enterado de que podía saber los secretos de una persona con solo tocar su ropa, no estaría sentada en un avión ahora, sino escuchando las divagaciones de una camisa de fuerza.

Brian saca un libro y lo dobla hasta partir el lomo. En lo que a mí respecta, ninguna persona buena hace algo así, está al mismo nivel de ser cruel con gatitos y de picarse la nariz en público. No obstante, siento lástima; si pudiera tocar su camiseta de nuevo, quizá podría decirle algunas palabras de consuelo. Algo me dice que su madre no podía ayudarle en el estado en que se encontraba. Tengo la certeza de que en las generaciones pasadas faltaron muchos diagnósticos de enfermedades mentales; quizá hoy tendría tratamiento con medicina, como mi mamá.

Pensar en mamá hace que me duela la cabeza. Le doy la espalda a Brian y cierro de un golpe la persiana.

Su vida no es de mi incumbencia y, además, ¿qué podría decir que marcara la diferencia? El pasado siempre lo perseguirá. Un dolor como ese se queda contigo, te escurre por los poros y se impregna en las fibras de tu ropa; nada puede quitar la mancha de un alma.

No hay bala que detenga a los muertos

Llevar lentes oscuros de noche es una práctica riesgosa, incluso si tu vista es normal. Con ellos, evito que la gente mire mi ojo horrible, pero chocar con las paredes y tropezarse con bebés asegura que me convierta en un foco de atención. Por suerte, la terminal del ferri en Bodø está bien iluminada. Tampoco es como que haya razón para preocuparme; aparte de la mujer del puesto al otro lado de la sala, no hay nadie más aquí.

Destapo mi Coca-Cola y el sonido del gas se escucha muy fuerte. Hay algo extraño en los lugares que suelen tener mucha gente cuando están desiertos, como una escuela de noche con sus bancas vacías, o una feria sin luces ni música ruidosa.

Cuando solíamos venir, mamá rentaba un auto en el aeropuerto de Bodø y conducía hasta el ferri de vehículos. Al menos, venir sin auto significa que puedo tomar el barco exprés. Menos mal, porque llegaré hecha polvo.

De pronto, me cae el veinte, ¿cómo pude ser tan tonta? Mamá no está aquí para llevarme del puerto a la casa de Mormor. Incluso si hubiera taxis en la isla, porque no los hay, no podría pagármelo. Cuando llegue a Skjebne, será una larga caminata y en la oscuridad, aparte de todo. Demasiado tarde, si quisiera regresar no tengo cómo pagar el viaje de vuelta a casa.

Mi celular suena, es un mensaje de Kelly: "¿A qué hora llegas, nena? Espero que te pongas algo sexy, viene Darren, besos". ¡La fiesta! Se me olvidó por completo y me choca perdérmela, pero Darren, el primo de Kelly, es la última persona a la que le mostraría mi cara. Coqueteamos a ratos casi por un año. Nos besamos en la última fiesta de cumpleaños de Kelly y siempre pensé que… Bueno, no importa lo que haya pensado.

Contesto el mensaje: "Perdón, Kel, no llegaré, vine a ver a Mormor. Fue de último momento, estoy esperando el ferri". Me siento mal por decepcionar a Kelly, aunque siempre busco excusas para dejarla plantada. Ella piensa que es por mi aspecto, pero no es tan sencillo. No soporto la idea de estar en un espacio con mucha gente. He intentado usar guantes, pero no marcan ninguna diferencia; un simple roce de la ropa de la gente con la mía me revela sus secretos.

Mis dedos sujetan el celular con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. Ni siquiera soy capaz de ir a la fiesta de mi mejor amiga.

Si no me deshago de esto, ¿cómo puedo pensar en ir a la universidad o hacer una vida? Saber cosas de la gente suena como un don increíble, pero no lo es. Al menos no cuando soy incapaz de controlar la oleada de emociones que me llegan. Saber los secretos de alguien no te hace sentirte cercano, sino que te aleja. Hay cosas que no quieres saber, créeme.

Suena otra notificación: "¿Qué? ¿Crees que sea buena idea? Mándame mensaje cuando llegues, me preocupas, besos". Suspiro y dejo el celular en la mesa. Kelly es como mamá, ambas piensan que debo salir de mi cuarto y regresar a la escuela. Quieren que olvide el accidente y siga con mi vida, pero no pueden entender. Un día le conté a Kelly sobre mi rara habilidad; me abrazó y me dijo que me creía, pero su impermeable estaba tan lleno de dudas que podía sentir cómo escurría su incredulidad. No volví a mencionar nada después de eso.

Echo un vistazo a la terminal desierta y tiemblo; de pronto me siento sola. Saco mi cartera y paso los billetes extranjeros: tengo 100 coronas noruegas, o sea, menos de diez libras esterlinas. Cruzo la sala y el eco se burla de mis pasos. Cuando llego al puesto, la vendedora agita la cabeza como un muerto lo haría si despertara. Me gasto lo que me queda en galletas, una de chocolate oscuro y otra de chocolate blanco. A mi abue le encantan las cosas dulces, así que son perfectas para celebrar mi llegada.

Frente a mí, hay cordones azules que marcan el camino hacia la salida.

Sería una tontería caminar kilómetros sin razón alguna. Paso la mochila por debajo y me agacho para atravesar los cordones. Quizá es incorrecto, pero no hay nadie en la fila. Me acabo de gastar lo que me

quedaba de dinero en galletas y encima desafío al sistema. Casi puedo escuchar la voz de Kelly diciéndome: "Necesitas salir más, amiga".

Toco el dije en mi cuello y me siento mal de pensar así de ella. Yo sé que se preocupa por mí. Kelly va por la vida con su corazón en la mano y, a diferencia de otra gente, no hace falta que toque su ropa para saber que me quiere.

—*Eie du ingen skam*? —alguien me habla en noruego. Esta vez no se sobresalta solo la vendedora del puesto. Tres chicos adolescentes aparecen detrás de mí, se ríen. Son un par de años mayores que yo. Uno de ellos lleva una lata de cerveza en la mano, es alto con pelo claro, pecas y dientes blancos: uno de los típicos guapos de la isla. Continúo mi marcha y vuelve a mencionar *Ingen skam*. No tengo idea de qué signifique, pero como es tan lindo, no puedo sino sonreír.

Cuando llego hasta la puerta de salida, volteo a verlo. El chico está tirado en uno de los asientos hablando con sus amigos. Levanta su cerveza con un gesto amigable y sonrío a medias, doy la vuelta y siento mi cara encendida. Si de por sí soy un desastre para eso de ligar con chicos, peor aún si hablan una lengua que no conozco. Además, es difícil que se interese por mí.

Afuera el aire nocturno está tan frío que me quita el aliento. El viento es como una navaja que corta mi rostro y me alborota el pelo, me empuja hacia todos lados. Avanzo hacia el ferri mientras me froto los brazos con un poco de alivio, pues pronto me reuniré con Mormor. Quizá haga como que me regaña, pero sé que en realidad estará contenta de que haya venido. Pensar en ella me hace sentir menos frío, mi abue da los mejores abrazos del mundo.

—*Hei, fina*! —de nuevo el chico. Camino un poco más rápido, pero no volteo. No veo a alguien más, así que debo ser yo a quien llama. Unos cuantos pasos más y podré esconderme dentro del barco. ¡Ay! Algo me golpea la pierna: un poste de metal. Me sacudo del dolor y me sobo el muslo; definitivamente está muy oscuro para usar lentes de sol. Enojada, me los quito, pero enseguida me siento desnuda.

—Hey, ¡chica hermosa! —escucho y siento una mano en mi hombro. El chico brinca enfrente de mí y su cerveza salpica el camino de madera. Su sonrisa se desvanece y aparece una mueca de terror que enseguida se transforma en un rostro lleno de vergüenza. Levanta las manos y se echa para atrás:

—¡Perdón, perdón! —exclama mientras sus amigos me ven la cara y se echan a reír con fuerza. Me quedo congelada y los veo empujarse para subirse al ferri. ¿Acaso será así mi vida a partir de ahora? Luego

de que los chicos desaparecen en el ferri, me apuro para subir, cada paso que doy hace rebotar la rampa de desembarco. Ya arriba, me sujeto de la puerta para equilibrarme y abordo rápido.

Busco una esquina oscura en la que pueda acurrucarme y morir, pero las risas estridentes que vienen del bar me convencen de atreverme a subir a cubierta. Aunque estuviera bien iluminado, probablemente haya poca gente que pueda observarme. Con ayuda del barandal de metal, subo por las escaleras empinadas. Escucho entonces pisadas atrás de mí, mi pulso se acelera porque las escucho cada vez más cerca.

—*Hei*?

Me doy la vuelta y veo a un hombre alto, con una barba canosa y abundante.

Me parece conocido, pero no puedo recordar quién es. Su rostro, avejentado por la intemperie, se arruga hasta formar una sonrisa y se señala el pecho con su pulgar.

—Olav.

Me siento totalmente aliviada. Es Olav, vive en una granja a pocos kilómetros de Mormor. No lo conozco bien, pero es grandioso ver una cara conocida. Me sigue por los últimos escalones y se detiene a mi lado en la cubierta. Lleva una caja de metal larga, de esas que se usan para guardar tacos de billar o un rifle. Nunca hemos hablado, pero Mormor charlaba con él seguido cuando salíamos a caminar. Se ve distinto, más viejo y encorvado.

—*Ja, det e dæ, Martha*.

Pronuncia mi nombre en noruego y habla con un acento como de canción, un acento que conozco perfectamente, uno que Mormor también tiene, pero que mamá ha perdido.

Sonrío un poco incómoda y me quito un mechón de pelo de la boca. Dice algo que no alcanzo a escuchar porque el viento me ha puesto el gorro en mi cabeza.

—Perdón, ¿qué decías?

—*Dit øye*? —responde mientras señala mi cara.

Ignoro si Mormor le contó de mi accidente. Nunca me visitó en el hospital; no es ninguna sorpresa porque creo que jamás ha salido de la isla. Además, volamos directo a Londres después y desde entonces no he hablado con ella ni la he visto.

Me encojo de hombros y siento alivio de que Olav no insista. Nos quedamos de pie y en silencio, mirando las luces parpadear en la costa que se empequeñece mientras el ferri avanza. Olav se acaricia la barba y echa un vistazo a mi alrededor como si esperara ver a alguien más.

Intenta decir algo:

—¿Por qué no…?, —pero como no respondo, se lleva el pulgar a su labio y dice— *Ja*.

Lo dice como todos los noruegos, inhalado. Quisiera hacer más, pero mi noruego es peor incluso que su inglés. Frunce el ceño y me pregunta algo sobre Mormor, pero se calla cuando se da cuenta de que no entiendo.

Sujeta del barandal con ambas manos, me inclino y saboreo lo salado del mar en mis labios. El ferri se mece mientras surca las olas; me gusta esa sensación. Entre más rápido navegue, menos tiempo me tomará llegar a Skjebne.

Olav hace una seña con el dedo para decirme que regresará y apunta al estuche de metal a mis pies, así que asiento con mi cabeza para darle a entender que lo cuidaré. Hay unas cuantas parejas en la cubierta, pero nadie cerca de mí. Observo maravillada la hermosa luna llena y el mar con su brillo. La noche parece tan salvaje, libre y llena de posibilidades que quisiera empaparme de ella.

Oigo a una gaviota encima de mí y pienso en la última vez que vi a Mormor. Me había llevado a donde está el árbol, un día antes del accidente, me ofreció sus guantes y me dijo que escuchara. Intenté escuchar algo, pero todo lo que oí fue el graznido solitario de una gaviota.

—Sigue intentando, mi niña, y un día serás capaz de oír —me dijo. Cuando pregunté qué debía oír, no contestó nada. Era la segunda vez que sucedía, la primera, cuando estaba más chica, me había llevado al árbol, me puso su chal y me dijo que escuchara.

Pienso en todas las cartas que le escribí en los últimos meses, preguntándole una y otra vez la misma duda: ¿por qué puedo saber cosas de la gente al tocar su ropa?

Me preocupé tanto porque no me respondía que llegué a pensar que se había enfermado o había sufrido un accidente. Mormor no tiene teléfono, así que le rogué a mamá para que le llamara a alguien en la isla y preguntara cómo estaba mi abue. Mamá contestó que no me preocupara: con frecuencia, Skjebne tenía problemas con su correo. Le creí hasta que toqué su blusa de seda; mamá me había abrazado para consolarme y entonces vi la imagen de sus manos quemando un sobre en el fregadero de la cocina.

Mamá había comprado apenas esa blusa y era la primera vez que tocaba seda. Aprendí, gracias a su clóset, que los distintos tipos de tela revelan los secretos de formas diferentes. El cachemir guarda los sentimientos de la persona y te hace sentirlos como propios, el algodón te

muestra imágenes y hechos sin emociones, pero la seda no se parece a ninguna otra cosa porque te habla de los engaños.

Me froto la cabeza, enojada conmigo misma por no descubrir antes las mentiras de mamá. Olav regresa con dos vasos de unicel y dos *Kvikk Lunsj*. Reconozco enseguida el empaque a rayas, rojo, verde y amarillo, la versión noruega de un KitKat. Con un gesto, me invita a que tome lo que trajo, así que agarro el vaso y el chocolate mientras sonrío. El café está caliente y no tiene leche ni crema para mezclarlo.

Olav sorbe un trago, mientras acaricia su barba. Cuando piensa que no estoy viendo, me analiza con una cara de preocupación. Varias veces intenta iniciar una conversación, pero se detiene. La mayoría de los noruegos habla inglés perfectamente, pero es diferente para algunas personas de generaciones pasadas.

Empieza a llover; al principio solo son unas gotas, pero luego cae con violencia. Olav hace una mueca y me señala que bajemos. Me apuro por los escalones y lo sigo, agradecida de que se aleje lo más posible del bar, hasta el extremo del ferri. Me quito mi chamarra y nos sentamos juntos, en un silencio coronado por sonrisas incómodas.

Para pasar el rato, veo las fotos en mi celular y veo una de Gandalf, el perro de Mormor, un cazador de alces noruego. Me sentí tan contenta cuando me dejó ponerle el nombre; hay también algunas fotos del puerto y una selfie de las dos en un pícnic en la playa. Durante el verano nunca oscurece, de ahí el mote de la tierra del sol de medianoche. Para mí también significa eso: un lugar en el que fui libre y feliz, un verano sin fin.

Encuentro una foto de Mormor con su rueca y su largo pelo rubio trenzado. Las noches en las que me contaba historias eran mis favoritas. Mi corazón latía al ritmo de su pie mientras giraba la rueca y sus palabras formaban un hilo de historias, llenando así de magia y asombro la cabaña. Sus narraciones trataban por lo general acerca de mis antepasadas, mujeres que vivían toda clase de extrañas aventuras, pero a veces también mencionaba a los aterradores draugr, los muertos que regresaban a la vida en la noche o al amparo de la niebla. Después de que contara alguna de sus historias que más miedo inspiraban, le insistía que me dejara encender una vela al lado de mi cama. Entonces me advertía que la apagara antes de dormir: "¡No querrás que te encuentren los muertos!". Sabía que se trataba de un juego, pero había noches en que no podía dormir, temerosa de que cualquier crujido de la duela fuera un cadáver. Cuando le gritaba, Mormor iba hasta el cuarto, me arreglaba el pelo y me cantaba una canción de cuna.

A veces se prometía no contarme más historias de terror, pero eran mis favoritas y siempre terminaba por decirle que quería escuchar más.

Al llegar a Skjebne, Olav toma mi mochila e insiste en cargarla. Digo gracias, una de las pocas palabras que sé en noruego, *takk*, y me contesta con un pulgar arriba como recompensa. Si tan solo supiera noruego para pedirle un aventón.

Mientras espero que las puertas del ferri se abran, no puedo evitar sonreír. ¡Lo logré! ¡En serio, lo logré! Mi sonrisa se borra de inmediato. Una racha helada choca conmigo y me empuja. El viento ruge cuando pasa por mis oídos al tiempo que la mano de Olav me ayuda a no perder el equilibrio: "No hay bala que detenga a los muertos".

Siento escalofríos y me volteo, pero solamente veo a Olav; estoy segura de que he escuchado una voz rasposa que dijo eso, pero quizá solo fue el ruido del viento.

Con la mirada baja, batallo al subir por la cuesta, mis botas crujen con el hielo, tan afilado como pedazos de vidrio. Tras de mí, las olas rompen contra el muro del puerto. Al llegar a la cima, lo que veo no es Skjebne, al menos no el que conozco. No hay rastro de las alegres cabañas rojas de los pescadores, sostenidas por pilotes a lo largo de la orilla del mar. En su lugar, hay chozas de madera del color de la sangre seca comiéndose las olas con oscura intención. Las montañas escarpadas a lo lejos se ven incluso más afiladas, todas cubiertas de blanco invernal.

Sigo a Olav, quien avanza con trabajo rodeando las chozas pues el camino bajo nuestros pies está oculto por la niebla. El color rojo está desvanecido en algunas partes.

Desde lejos, pareciera como si el sol hubiera desgastado la pintura, pero cuando miro arriba, veo en sus nidos a muchas gaviotas refugiadas bajo los oscuros techos inclinados. Las líneas blancas son producto del desecho de las aves. Durante el verano, me encantaba oír el graznido de las gaviotas mientras volaban en círculos por encima del barco, me sentía especial, como si fuera mi fiesta de bienvenida. Ahora solo se escucha el romper de las olas y el bramido del viento, lo cual le da a la noche un toque de extraña tranquilidad.

Olav pasa por una vieja casa para huéspedes en la que parece que hay un letrero de "se vende" y llegamos a un pequeño estacionamiento de grava. Se pueden ver más allá las estructuras de madera en forma de "A", más altas que una casa. En verano están llenas de pescados que cuelgan como si fueran los frutos de un árbol secándose bajo el sol. Por ahora se encuentran oscuras y vacías, una horca sin nadie a quien colgar.

El graznido de un cuervo me sorprende. Se precipita sobre mi cabeza y aterriza en un poste de madera. Nerviosa, doy un paso atrás. La mayoría de los animales salvajes mantiene su distancia, aunque recuerdo entonces que Mormor solía alimentar a un cuervo con su mano, cada mañana, en el porche de su cabaña; seguro que se han acostumbrado por los turistas que les ofrecen bocadillos. El cuervo infla su pecho lleno de plumas grises y fija su mirada en mí, con sus ojos brillantes, antes de graznar de nuevo.

Olav señala un viejo Volvo azul, el único auto en el estacionamiento. Grito *takk*, pero el viento me arranca las palabras. Abre la puerta trasera y mete mi mochila en el asiento, mantiene la puerta abierta para que me suba, pero empiezo a dudar. Mamá me ha advertido muchas veces que no entre a un auto con desconocidos. Pienso entonces que Mormor siempre ha sido amigable con Olav y su esposa, y debe ser más seguro que caminar sola en la oscuridad.

Echo una mirada al estacionamiento vacío y me subo al auto, feliz de escapar del viento.

Olav enciende el motor y el sistema para desempañar el parabrisas. Me mira rápidamente a los ojos y tose, algo incómodo. Aunque pudiera hablar en inglés, dudo que supiera qué decirme.

—*Bo hos mæ*? —pregunta y se señala en el pecho con su pulgar—, *hjemme til han* Olav?

Muevo mi cabeza y me froto las manos que, incluso con los guantes, están entumecidas por el frío.

—¿Casa de Olav? —dice en un nuevo intento.

Ahora entiendo, supongo que me quiere llevar a donde vive. Siento de inmediato una incomodidad y busco la manija, quizá deba bajarme del auto.

—*Med* Yrsa, ¡esposa Yrsa! —exclama Olav, alarmado.

Sonrío un poco aliviada, pero, aunque agradezco que me dé un aventón, no vine hasta acá para verlo a él o a su esposa.

—La casa de Mormor, quiero ver a Mormor.

Olav sujeta el volante con ambas manos y me mira seriamente. Puede que esté preocupado de que haya viajado sola, comienza a decir algo en noruego, pero se da por vencido cuando me encojo de hombros y sonrío disculpándome.

Conduce en silencio, se ve muy pensativo. Cuando llega al camino para la cabaña de Mormor, me alzo desde el asiento. ¡Qué sorpresa se llevará! Me urge verla poniendo un leño más en la estufa y preparando café; yo le daré galletas. Luego de eso, le explicaré por qué he venido.

Olav detiene el auto y miro por el parabrisas la pequeña cabaña de Mormor en la punta de la loma. Quizá sea un efecto de la luz de luna, pero las plantas en el techo parecen el doble de crecidas. Muchas construcciones rurales en Noruega tienen techos vivientes como aislamiento térmico y Mormor está orgullosa de las filas de hierbas que cultiva en verano. Ahora el techo parece descuidado, con maleza, y se ve incluso un árbol de Navidad pequeño.

Se enciende una luz; bien, así que aún está despierta. Olav mira perplejo la cabaña. Supongo que no me dejará aquí, al final de un camino de terracería. Frota un pulgar en sus labios, mira hacia la casa y luego me mira a mí. Como no digo nada, avanza hasta la cabaña, la señala y me pregunta *Mora di*, ¿sí? No sé qué quiere decir, pero asiento.

Bajamos del auto y toma mi mochila, yo la sujeto también y tras un incómodo forcejeo por ver quién la carga, termino por llevarla yo sola y digo *takk* con firmeza. Sé que a Mormor le encanta platicar y no quiero compartirla con nadie ahora.

Olav estira su mano sin guante y le doy la mía. Sin poder decir mucho más, sonrío y repito: *Takk, takk*. A decir verdad, no podría estar más agradecida. La idea de caminar hasta aquí en la oscuridad me estremece. Levanta su mano y dice algo más, *mora di* de nuevo, luego se sube a su auto y se aleja conduciendo.

Sin las luces del auto, la noche es mucho más oscura. Volteo hacia la cabaña al tiempo que una nube tapa la luna, cubriendo la casa de sombras.

Como todo lo demás, se ve diferente en verano. Ahora parece más oscura y pequeña, como retraída en sí misma. Echo una mirada a las hierbas que susurran desde el techo. Le dan una apariencia desaliñada al lugar, casi de abandono.

Hay una pila de troncos junto al almacén de la leña, esperando a ser cortados. Paso por un lado, subo por los desvencijados escalones del porche y toco la puerta de madera. Una gota helada de lluvia cae en mi cara y me pone a temblar, ojalá le hubiera dicho a Olav que esperara hasta que estuviera adentro. Vuelvo a tocar la puerta, esta vez con más fuerza. ¿Dónde está Mormor? Incluso si estuviera en el baño, tendría que haber escuchado. No es como que sea una casa enorme.

Una ráfaga de viento me arroja un poco de grava a la cara y volteo la mirada. Entonces aparece, frente a mí, el árbol torcido. Al principio, parece una figura borrosa al final del jardín, que tiembla en medio del viento. Entrecierro los ojos y enfoco sus ramas negras, se ve mucho más torcido y viejo de lo que recordaba. Sé que el árbol no tuvo la culpa, fue mía por perder el equilibrio; no obstante, tiemblo de tan solo verlo.

¡Pum, pum, pum! Doy golpes con fuerza en la puerta y miro por las ventanas. En ese instante, la luz dentro se apaga y todo el porche queda a oscuras. Siento que el corazón se me detiene, ¿por qué apagaría la luz? Parpadeo en lo que mi vista se acostumbra a la pálida luz de luna. Seguro que el viento está tan fuerte que Mormor no escucha que toco a la puerta, es eso. Debió apagar la luz porque fue a acostarse.

Me asomo por la ventana oscura y veo una lámpara de aceite en la mesa, con la llama extinguiéndose.

Mormor nunca se iría a acostar sin apagar la llama, por más pequeña que fuera. Algo no está bien.

—¡Mormor! Soy yo, Martha.

Una figura adentro de la cabaña pasa a toda velocidad por la ventana. Siento que mis piernas se vuelven de gelatina. Estoy segura de que era un hombre agachado. ¿Qué hace un hombre en la cocina de Mormor? Debe haber una explicación. Piensa, Martha, ¿dónde está Gandalf? ¿Por qué no ladra? Quizá lo envenenó un ladrón o quizá Mormor fue a algún otro sitio con él. Quizá está cuidando a un vecino enfermo y por eso Olav se veía preocupado.

Tomo mi mochila y siento un sabor a vómito. Mis manos tiemblan al buscar mi celular. La batería está por agotarse e incluso si pudiera contactar a mamá o papá, ¿qué podrían hacer? Mi pulso se agita cuando una sombra pasa detrás de mí. Cálmate, me digo a mí misma. Es solo una nube que pasó debajo de la luna. ¿Qué tal que Mormor está en problemas y me necesita? No puedo quedarme aquí afuera. Me cuelgo la mochila al hombro y con un empujón suave, la puerta se abre crujiendo.

—¿Mormor? —mi voz es casi un murmullo. Intento prender la luz, pero no encuentro el interruptor. Prendo la lámpara de mi celular y apunto frente a mí, me chupo los labios y trago saliva.

—Sé que hay alguien aquí, te vi desde afuera —el sonido que sale de mi boca es un grito temeroso. Observo la cocina a mi derecha. La lámpara de aceite se consume en la mesa de madera, con su llama proyectando sombras raras en la habitación.

El pequeño aparador está ahí con su vajilla azul, de flores. La colorida alfombra está donde debe estar, los libros de Mormor están en su lugar. Las sillas de madera están bien acomodadas bajo la mesa.

La cocina huele raro, como a papas cocidas y vinagre. El fregadero gotea con un plof rítmico. Un sartén y platos sucios están apilados en donde deben secarse los platos. Mormor jamás haría algo así, ¿qué está pasando?

Mis dedos aprietan el tirante de mi mochila cuando paso a la sala abierta. A mi izquierda, las brasas resplandecen de rojo en la estufa de hierro fundido. Es una imagen siniestra en la oscuridad, un monstruo con panza de olla y piernas cortas. Por encima cuelga el cuadro que mamá pintó de la isla, las olas agitadas del mar brillan a media luz. El sillón de cuadros azules y blancos que está enfrente se encuentra vacío. Avanzo hacia el fondo de la cabaña, hay tres habitaciones más: el cuarto de Mormor, el cuarto libre y el baño.

Camino de puntitas, mirando a todos lados. El crujido de la duela hace que me detenga. Giro a mi izquierda, pensando que alguien saldrá de pronto por mi lado ciego, pero no hay más que sombras. Obligo a mis piernas a moverse y así llego hasta el cuarto de Mormor. Esta parte de la cabaña está más oscura, levanto el celular, pero solo ilumina un pedacito de la pared. Ya en la puerta, me entra la duda.

Alguien respira al otro lado de ella. Mi corazón se acelera en el pecho, pongo el oído en la madera y lanzo un grito ahogado. Se oye, muy quedamente, que arrastran los pies. ¿Y si le están haciendo algo a Mormor? ¡Tengo que detener a quien sea que esté ahí! Cuando sujeto la perilla, me tiembla la mano.

Abro la puerta y grito. Un chico está de pie ahí, alto y delgado; pienso que tiene más o menos mi edad. Lleva el pelo largo, oscuro, su cara está pálida y usa delineador negro debajo de los ojos. Me observa y levanta las manos en un extraño acto de rendición, como si mi celular fuera una pistola.

Mi miedo se transforma en furia. Por un momento, pienso que debe ser una aparición, no una persona de carne y hueso. Sin embargo, un fantasma no se vería tan aterrado.

—¿Quién carajo eres?

—¡Perdón! Puedo explicarlo, por favor, puedo explicarlo —dice algo en noruego, y vuelve a cambiar de lengua—, por favor, no es lo que piensas.

Mis piernas no me dejarán seguir de pie otro segundo más. Colapso en la cama mientras él me mira como si yo fuera la intrusa.

—¿Dónde está mi abuela?

Me ve con horror y luego dice en una voz muy suave:

—Solo sé lo que escuché.

—¿Y qué escuchaste? ¡Dímelo ya!

—Que la mujer que vivía aquí había muerto, su funeral fue la semana pasada.

Hojas podridas y objetos inertes

En cuanto vio mi ojo, mi papá dijo: "Estarás bien, eres valiente". Eso dijo mi papá cuando vio mi ojo. Bien pudo haber dicho: "No puedo ayudarte, te tienes a ti misma, hija", y darme una palmadita en la espalda. Sentada en la cama, saco las galletas de mi mochila. Quería compartirlas con Mormor, mi premio por haber llegado hasta aquí, por ser una galletita valiente.

No pudo haber muerto, así de sencillo. Alguien le habría avisado a mamá, nos habríamos enterado. O quizá una parte profunda de mi ser lo sabía. La idea es como una mano que revuelve aguas turbias, batiendo el lodo y el fango, en las que cosas oscuras salen a la superficie. Unas cuantas lágrimas me resbalan por las mejillas y cierro los puños, haciendo añicos las galletas.

El mundo se torna borroso y gris, todo desaparece salvo el dolor en mi pecho.

Me escurren mocos y me los limpio con la manga:

—¿Y cómo m…? —no alcanzo a terminar y el chico me mira desde atrás.

—Creo que mientras dormía.

Me volteo y veo la cama. La colcha de colores de *crochet*, luce dolorosamente alegre. Entre dos almohadas blancas está el cojín desigual

con forma de corazón que hicimos juntas cuando yo tenía ocho años. Mi abuela murió en la cama en la que ahora estoy sentada.

Me llevo la mano a la boca. Las cosas de Mormor parecen tan tristes sin ella: un cepillo de metal con mechones de pelo rubio descansa sobre el tocador de madera, un collar de perlas corona el espejo encima del mueble, un chal azul cuelga de la puerta de su enorme armario hecho de roble. En su mesita de noche hay una foto de mamá y de mí en un portarretratos plateado, un vaso de agua y un bordado en un aro de madera con unas tijeras. Pareciera como si fuera a regresar en cualquier instante.

Me agacho y de un tirón abro mi mochila. El chico da un brinco cuando comienzo a aventar mis cosas al suelo: mi pijama, mis pantalones de mezclilla, mis tenis. Mis manos se agitan como si no me pertenecieran. ¿Por qué esperé tanto? Pude haber comprado los boletos de avión semanas antes. ¡Debí estar aquí!

El chico me alcanza un pañuelo de papel, se lo arrebato y me sueno la nariz. Él se queda rondando en la puerta del cuarto, como un ángel oscuro solitario. Su cara es bastante inusual: una nariz recta, labios carnosos y unos ojos llamativos, como de gato. Trae puesta ropa muy rara: un chaleco encima de una camisa negra rayada, pantalones de mezclilla negros y pegados, rotos a la altura de los muslos como si una criatura los hubiera rasgado y unas botas negras con estoperoles de metal a los lados.

—Dijiste que podías explicarlo, hazlo entonces —digo con furia en mi interior.

Baja la mirada al suelo y elige con cuidado sus palabras, como si temiera equivocarse, aunque su inglés es perfecto, hay solo un leve indicio de su acento noruego.

—Lo siento, necesitaba un lugar donde pasar la noche y nadie estaba aquí, pensé que era buena idea —señala la otra puerta—, me quedé en el otro cuarto, no sabía que alguien iba a venir.

—No sabías y tampoco te importaba, ¡vete de aquí!

Echo un vistazo por la ventana cuando llega el resplandor de un rayo. El árbol torcido destaca en medio de la noche, con sus ramas nudosas agitándose violentamente con el viento. Por un terrible instante, me imagino que cobra vida y camina hasta la cabaña. La lluvia golpea el vidrio como un centenar de diminutos puños que busca entrar.

No puedo soportar ver las cosas de Mormor. Me doy la vuelta, pero el chico se ha ido, como si nunca hubiera estado ahí. Salgo a la sala y siento el azote de una ráfaga de aire helado. El chico está en la puerta de la casa, su silueta delineada por la luz de luna. Su gabardina de cuero negra le llega hasta los tobillos. A sus pies está una mochila deportiva llena, la manga de una camisa blanca se sale de un lado. Asumo que no hay nada de valor de Mormor adentro, pero ¿cómo podría estar segura?

—Lo siento —me dice mientras se lleva al hombro la mochila.

Sin prestarle más atención, camino a la cocina y me recargo en la cubierta.

Cuando escucho que la puerta se cierra, prendo la luz y examino los trastes sucios. El chico, además de instalarse en el cuarto libre de Mormor, asaltó la alacena. Y ha pasado aquí más de un par de noches, a menos que haya traído amigos. Mis uñas se entierran en mis palmas del coraje, ¡cómo se atrevió!

Agotada, me dejo caer en una silla y hundo la cara en mis palmas. Mormor debería estar sentada al otro lado. Deberíamos estar riéndonos y recordando los buenos tiempos. Escribí tantas cartas con las mismas preguntas, y todo lo que tengo ahora es una silla vacía. Las lágrimas se deslizan hasta mi nariz y de ahí caen a la mesa. Me duele la cabeza por esta injusticia.

Una polilla revolotea alrededor. La observo aturdida, incapaz de moverme. Puede que el chico se equivoque, a lo mejor entendió mal y el funeral era de otra persona. Quizá Mormor esté de visita con un amigo. Mormor ha muerto. La verdad se siente como una piedra en el estómago.

Las alas de la polilla chocan con el foco encendido y suenan golpecitos leves. La luz brilla tanto que se siente inadecuado, como cuando mamá me despertaba al amanecer para un viaje escolar. Sé que la vida sigue, pero tal vez a partir de ahora sea severa, fría, incorrecta. La polilla se desploma en la mesa con un ruido seco que apenas se oye. Su cuerpo está cubierto de pelos y su cara con ojos de insecto, es en parte rata, en parte alienígena. Sus alas aterciopeladas se abren y revelan dos ojos blancos que ya no ven nada. Qué curioso lo distinto que se nos revelan las cosas cuando nos detenemos a observarlas.

No sé cuánto tiempo pasa mientras permanezco sentada con mi cabeza recargada en la mesa, hasta que mis piernas quedan entumecidas por el frío y siento el brazo adormecido.

Quedarme ahí no traerá a mi abue de vuelta. Con un suspiro largo, me levanto para cerrar la puerta de la casa.

Camino hasta el cuarto libre, ese que usábamos mamá y yo cuando veníamos de visita. En cada lado del cuarto hay una cama individual, empotrada en su propio rincón. Las cabeceras de madera tallada están pintadas de azul grisáceo con motivos de flores rojas y amarillas. Las cortinas de terciopelo azul para bloquear el frío nocturno aumentaban la sensación de dormirse en un cuento de hadas. Una de las camas está deshecha, las sábanas están enredadas con las cobijas tejidas y se alcanza a percibir el olor del chico. Cierro la puerta y me voy al cuarto de Mormor en donde entre sollozos me hago bolita en la cama.

Estoy corriendo a través de la niebla, pero no importa cuán rápido vaya, no puedo escapar del árbol torcido. Sus brazos nudosos me toman por el pelo y rasgan mi ropa al tiempo que sus gruesas raíces emergen de la tierra y me sujetan los tobillos. Mormor está de espaldas e intenta agarrar un pedazo de tela que cuelga de una de las ramas, aunque está fuera de su alcance. Le grito y voltea, cara a cara, veo que sus ojos son dos globos negros.

Y luego me encuentro en el hueco al pie del árbol, con las rodillas hundidas en hojas podridas y objetos inertes. Garras sucias y negras se aproximan. Grito, aterrorizada. Me hundo rápido, cubierta hasta la cintura, luego el pecho, caigo hacia la tierra misma.

—Mormor, por favor, te necesito, por favor, no te pudiste morir. ¡Mormor!

Me sacudo aliviada con la mente entre el sueño y la vigilia. Todo está bien, no fue sino un sueño, aunque enseguida la verdadera pesadilla me golpea en la cabeza: Mormor está muerta.

Mis ojos se abren bien en la oscuridad y, por un segundo, me siento de vuelta en el hospital, con vendas ajustadas en mis ojos. Mi corazón palpita con fuerza, ¿por qué no veo nada? Y entonces la forma del enorme armario se asoma ante mi vista. Ya no estoy ciega, solo está oscuro. Respiro profundamente e intento calmar mi ansiedad.

Me dejaron con las vendas en los ojos por nueve días. Fue horrible, pero nada se compara con el terror de que me dijeran que probablemente no podría ver de nuevo. Nunca me había aterrado tanto la oscuridad hasta entonces. En casa, hay una lámpara de la calle que da a la ventana de mi cuarto, su brillo constante me tranquiliza. Después del accidente, empecé a dejar abierta una de las cortinas antes de acostarme para que nunca tuviera que abrir mis ojos a la oscuridad.

Ahora aquí acostada, siento el peso de la oscuridad, me presiona la piel cuando busco las cobijas y me hago bolita. Anhelo el olvido que trae el sueño, pero mi mente me lo impide. Mis pensamientos rastrean la crudeza en mi interior, como la lengua cuando toca una y otra vez una herida en la boca.

Algo me despierta, un ruido. Miro sombras desconocidas y me esfuerzo por escuchar más allá del aullido desolador de la tormenta. Nada. Quizá lo soñé. Un perro ladra y se oye un ruido muy fuerte, mucho más fuerte que el rugido del viento.

Alguien debe estar buscando a Gandalf. Seguro que no lo dejaron para que se las arreglara por sí mismo. Me acuerdo de todos los veranos que pasamos juntos. Me encantaba acurrucarme con él junto al fuego, con mis dedos en su pelaje suave. Empujaba su cabeza contra mí hasta que lo sobaba por detrás de las orejas y, para devolverme el favor, él me lamía la nariz.

Me apoyo en mi codo y escucho que el viento suena como un quejido. Quizá Gandalf logró meterse al almacén de leña y el viento lo cerró de un portazo. Puede que esté atrapado dentro; pobrecito debe estar congelándose afuera. Suena otro ladrido. Mormor tiene una linterna en el aparador de la cocina, podría abrigarme y echar un vistazo. Tiemblo un poco y me aferro con fuerza a la sábana. El cobertizo no está tan lejos, pero pensar en salir de la cabaña me aterra.

Suenan más ladridos con fuerza. No puedo dejarlo afuera. Me levanto y busco a tientas el apagador con los dedos expuestos en la oscuridad, vagando por la fría pared. La luz se hace presente y mis hombros se destensan, qué alivio. La electricidad siempre ha sido caprichosa aquí, en especial cuando el clima es malo; esa es la razón por la que Mormor tenía lámparas de aceite. No las necesitábamos en verano en realidad porque nunca se ponía oscuro. Un pensamiento terrible me pasa por la cabeza: estamos en pleno invierno, lo que significa que habrá unas pocas horas de luz.

En la cocina, me pongo la chamarra y las botas. Contengo la respiración y tomo la linterna del aparador.

Su cubierta metálica está helada, pero se siente sólida, lo cual me tranquiliza. La enciendo y titila un poco antes de cobrar vida, no ilumina tanto, pero es mejor a que mi celular se moje.

Abro la puerta de la cabaña y la lluvia helada se siente como mil agujas picándome en la cara. El frío me impacta tanto que necesito

recordarme respirar. Me adentro en la noche, inhalando el aroma salado del mar. Alrededor de tres kilómetros separan la costa de la cabaña, pero ahora no hay campos coronados de flores amarillas ni un mar resplandeciente más allá, solo una mancha negra al horizonte. Las enormes áreas de la isla, sus playas largas y amplias, sus montañas puntiagudas y sus bosques densos no me preocupaban durante el verano, pero en la oscuridad… No me gusta pensar en lo que pueda haber por ahí.

Bajando los escalones rotos, apunto con la linterna el camino y veo tallos de maleza por donde escurre el agua. Quisiera alumbrar la oscuridad, pero sé que esta luz se perdería, es mejor que la mantenga hacia abajo. Las nubes se separan y revelan apenas un haz de luz de luna, se proyectan sombras que corren por el sueño. Mi cuerpo se tensa, alguien me está observando. Me deshago de esta idea en mi cabeza, pero el pensamiento regresa y se arrastra trepando mi cuerpo hasta que toca mi hombro insistente.

La luz tintinea cuando apunto la linterna hacia el cobertizo de madera. Me trago mi miedo y obligo a mis pies a moverse. Hay algo a mi izquierda: una sombra al filo de la visión. Volteo con el corazón latiendo con fuerza. Solo lluvia y viento.

Me digo a mí misma que debe ser porque no puedo ver de ese lado: nadie va a salir de la nada por ti. El graznido de un cuervo rompe el silencio de la noche. Me asusto y la linterna se me cae al suelo. "¡Maldita sea!", la recojo y presiono el botón de encendido, sin éxito. Frente a mí, la puerta del almacén de leña se azota ligeramente con el viento: el pestillo de afuera no está en su lugar, debió atorarse con algo del interior. Las palmas de mis manos me hierven a pesar del frío. Apenas me acerco a la puerta, se oyen rasguños.

—¿Gandalf? ¿Eres tú? —mi voz apenas y se escucha.

Empujo la puerta y algo salta hacia mí. Suelto un grito ahogado y me tambaleo.

—¡Gandalf!

El perro se echa en mis piernas y me agacho para aceptar sus lamidas frenéticas. Está mucho más grande de lo que recuerdo, su cabeza y su cuerpo son macizos, su pelaje grueso y plateado está caliente a pesar del frío.

—¡Pobrecito! ¿Cuánto llevas aquí? —con mi mano recorro su lomo hasta su cola enroscada— ¡Buen chico! También me da gusto verte.

Me lengüetea la cara y lo abrazo, respiro y me llega su olor familiar. Su calor es tan reconfortante que no quisiera soltarlo. No me había dado cuenta de cuánto lo extrañaba hasta este momento. Una sombra se desplaza dentro del cobertizo, el perro camina hacia ella.

—Gandalf, ¡quieto!

Esquiva una pila de madera antes de que pueda detenerlo. Desesperada, doy con la linterna y se enciende; vive aún. Dirijo la luz que revela un montón de leños, una vieja hacha y una forma oscura en el suelo. Una cara pálida con pelo largo y negro parpadea.

—¡Tú!

Se sienta y con un brazo se cubre los ojos.

—Perdóname, no tengo a dónde ir.

Un *sleeping bag* verde cubre sus piernas y está usando su mochila deportiva como almohada.

—¿Por qué no me dijiste nada sobre Gandalf?

—¿Sobre quién?

—El perro de Mormor, ¿por qué no me dijiste que estaba aquí?

Gandalf llena la cara del chico con una descarga de lamidas, este sonríe y rasca la cabeza del perro en agradecimiento.

—Es la primera vez que lo veo, escuché ladridos así que lo dejé entrar aquí conmigo.

Gandalf ladea su cabeza con sus ojos marrones suplicantes. Debemos estar a menos cero grados, el chico se congelará si se queda aquí afuera. Se fue de la cabaña cuando se lo pedí, pero, aun así, no sé nada de él. No puedo decirle que regrese.

Gandalf ladra como si estuviera determinado a hacerme cambiar de idea. Me muerdo los labios, desearía que Mormor estuviera aquí. ¿Qué haría ella? En sus historias, un extraño siempre resulta ser un mago poderoso. Quienes le han ofrecido bebida y comida obtienen una recompensa, pero quienes le han cerrado las puertas pagan un precio muy caro. El carácter de Mormor no le permitía abandonar a nadie. Veo que Gandalf lengüetea la nariz del chico; él sabría si fuera malo, por supuesto.

—Vamos, hay que regresar a la cabaña —digo, mientras giro hacia la puerta—, Gandalf menea su cola y trota en mi dirección, luego se detiene y mira al otro lado. El chico lleva puesta su gabardina de cuero dentro del *sleeping bag*.

Me acerco con un suspiro, pues odio la idea de tocar su ropa, pero al mismo tiempo sé que es la única forma de saber si puedo confiar en él.

De pie, mientras él sigue sentado, respiro profundo y me preparo para lo que sea que pase. Llevo mis dedos a su espalda, en un gesto que espero que se interprete como que lo animo a levantarse. Pensamientos y emociones me llenan la cabeza: culpa, amor, tristeza, luego otro sentimiento, uno entre amargura, celos y odio. ¿Cómo es posible que alguien pueda cargar con tanta bondad y al mismo tiempo tener tanto potencial para la maldad? Pareciera como si su personalidad estuviera dividida; me detengo, insegura. No hay nada que sugiera que me quiere hacer daño, pero algo no está del todo bien.

El chico me mira con esperanza, sus dientes castañetean. Gandalf ladra, y yo me encojo de hombros:

—Bueno, vamos, levántate antes de que mueras congelado.

Recoge sus cosas de prisa y me sigue hasta los escalones del porche y entramos a la cabaña. Cierro la puerta y me arrodillo para rascar al perro entre sus orejas. Sostengo su cabeza entre mis manos y observo sus ojos, ¿qué estoy haciendo, Gandalf? No conozco a este chico que invadió la casa de mi abuela, la casa de mi abuela muerta.

Gandalf sonríe (tiene una de esas caritas de perro que siempre están sonriendo) y menea la cola tan fuerte que podría zafársele. Me sorprendo cuando miro que se sienta a los pies del chico y no le quita la mirada. Él le da una palmada mientras sonríe y me lleno de furia.

—Solo por una noche.

—Gracias, no te causaré molestias, me llamo Stig —y me extiende su mano.

—Martha.

Probablemente se da cuenta de que no estoy de humor para las presentaciones formales, así que se lleva ambas manos a su espalda, las entrelaza y me sonríe con incomodidad, noto entonces dos hoyuelos perfectos. La manera en que se mece con sus talones me hace pensar que parece más un caballero de otra era que un chico gótico del siglo xxi.

Algo vibra en el bolsillo de mi chamarra, debí olvidar apagar la alarma. Parpadeo ante la pantalla, sorprendida: las 8:00 a. m., aunque Noruega está una hora adelantada, eso significa que son las nueve aquí. ¿Cómo puede ser la mañana si hay una oscuridad total afuera? Stig parece leer mi mente:

—No habrá luz hasta en una hora más o menos.

Miro por la oscura ventana de la cocina. No tiene caso tratar de dormir ahora; podría comenzar a limpiar. Pongo comida y agua para

Gandalf, luego me pongo a lavar los trastes e ignoro la insistente oferta de Stig para ayudarme. Cuando termino, tomo una silla a mi izquierda, pero calculo mal la distancia y me dejo caer, casi llego hasta el suelo.

—¿Estás b…? —pregunta Stig,.

Lo fulmino con la mirada, mi cara está roja de vergüenza.

—¡Perdón, perdón! —contesta mientras alza sus manos y se echa para atrás—, la manera en que lo dice me recuerda a los chicos del ferri. Descanso mi mentón en las manos, pensando en si las cosas pueden ponerse peores.

Stig merodea al filo de mi visión:

—¿Quizá quieras un poco de café?

La cabeza me palpita como si no hubiera dormido en días, asiento ligeramente y luego me tallo las sienes.

El sonido del agua hirviendo en la olla es extrañamente ordinario. Supongo que no hay necesidad de decirle en dónde encontrar las cosas. Lo veo abrir un cajón y tomar una cucharita. Es como si estuviera en casa. Mi molestia crece aún más. Agrega cucharadas de café molido a la olla, pero no le agrega el huevo a la mezcla, como solía hacerlo Mormor. Luego de unos minutos de hervor, vacía el café con un colador de metal en una tetera de barro.

Me entrega una de las tazas azules de porcelana con flores que Mormor reservaba para ocasiones especiales. Intento que no me moleste esto, pero no puedo evitarlo. Stig señala la silla al otro lado y, con señas, le digo que se siente.

—¿Por qué no tienes ningún lugar adónde ir? —le pregunto.

—Mi padrastro. Todo el mundo tiene que ver las cosas a su modo y yo no lo hacía —contesta mientras se mueve en su asiento.

—¿Vives en la isla?

—Oslo —mientras niega con la cabeza.

—Eso queda a kilómetros de aquí, ¿cómo llegaste hasta acá?

—Una vez, en vacaciones, vine a Skjebne con mi papá —un dejo de tristeza se dibujó en su rostro, se puso bien la gabardina, luego se encogió y añadió—, parecía un buen lugar.

Le doy un sorbo a mi café. No sabe igual que el de Mormor. Antes pensaba que era chistoso que mezclara el café molido con huevo, pero tenía razón, hacerlo así le quita algo de lo ácido al café. Stig levanta una ceja:

—¿No está bueno?

—No tiene huevo —digo entre dientes y luego me muerdo la uña del pulgar. Es un hábito que tengo desde niña y que ya debía de haberlo dejado, según mi mamá—. Entonces, ¿no conocías a nadie ni tenías donde quedarte?

—Tenía seis mil coronas, suficiente dinero para quedarme en el hotel del puerto, pero alguien me robó la cartera cuando me quedé dormido en el ferri; me di cuenta hasta que me bajé del barco.

Sus ojos son de un azul muy pálido, que se hace más evidente con el delineador negro. Me sostiene la mirada, su rostro parece sincero, pero ¿cómo saberlo? Quizá es cierto que le robaron, o quizá vino aquí para robarle a Mormor.

—¿Y por qué elegiste invadir este lugar?

Stig agacha la mirada hasta ver la mesa:

—Escuché a un grupo de mujeres en el puerto que hablaban de una señora que vivía sola en el bosque. Dijeron que había muerto mientras dormía y que había dejado por escrito que quería que la cabaña estuviera lista con comida para cuando su hija llegara a visitar. Una de las mujeres mencionó que la hija sabía del funeral, pero que no vendría.

La sangre se me escapa de la cabeza y me mareo. ¡Mamá sabía que Mormor había muerto! ¡Y sabía del funeral! Stig continúa hablando, pero mi mente gira tan rápido que casi no escucho lo que dice. ¿Cuándo planeaba mamá decírmelo? Quemar las cartas de Mormor ya era algo, pero ¿qué es esta traición?

—Caminé hasta el bosque y encontré la cabaña —masculla Stig con la taza de café en su boca.

—O sea, ¿y te decidiste meter? —digo con mis puños cerrados.

—La puerta estaba abierta, pensaba quedarme una noche, pero como nadie venía… —dice mientras bebe el café y se lame los labios.

—Te sentiste como en casa propia.

—Lo siento —dice y agacha la cabeza.

No puedo creer cómo hay gente que puede ser tan egoísta. Abro mi boca para decirle lo que pienso sobre él y entonces Gandalf ladra mirando la puerta. Los faros amarillos de un auto llenan la habitación y Stig salta y agarra su mochila deportiva. Me mira de manera acusadora, con su cuerpo tenso y en alerta.

Me encojo de hombros con indiferencia, pero por dentro estoy con los nervios alterados. No es como si estuviera esperando compañía y la última cosa que quisiera sería que mamá supiera que estoy aquí.